

Domingo 10 de junio de 2007

Extra / Hombres / Aventureros III

El viaje interior

Escalador, fotógrafo, escritor, empresario y padre, Sebastián Letemendía escaló el cerro Fitz Roy. En esta entrevista cuenta por qué vale la pena embarcarse en proyectos como éste, que, más allá del compromiso físico, invitan al crecimiento espiritual

¿Para qué? ¿Todavía seguís con eso? Sebastián Letemendía tenía que responder una y otra vez a estas preguntas siempre que sus amigos se enteraban de sus aventuras como escalador. Y pensó en hacerlo de una manera más práctica: escribió un libro, Cita en la cumbre (Letemendía Casa Editora), y así sintió por primera vez que podría explicar lo parecía inexplicable, y lograr que otros comprendieran su pasión por las montañas.

Esta vez, su objetivo había sido la cumbre del Fitz Roy, por la que siempre sintió una curiosidad especial. Su amigo Yvon Chouinard, empresario y aventurero, lo había escalado en 1968: "Sebastián cree en el principio zen de que el viaje es el destino: cómo se sube la montaña es más importante que alcanzar la cima", dice Chouinard, en el prólogo del libro.

Letemendía se ha embarcado en diversas aventuras a lo largo de su vida. Siempre acompañado por su cámara de fotos y una libreta de notas, visitó lugares exóticos y practicó deportes riesgosos. Supo reflejar sus vivencias con relatos e imágenes que plasmó en varios libros, entre ellos, Apuntes de travesías y Altos en el camino (con prólogo del fallecido secretario general de Redacción de La Nación Germán Sopena). Pero su vida tiene otras facetas: obtuvo un máster en Administración de Empresas en los Estados Unidos y actualmente es director de una empresa de tecnología. Sin embargo, él se considera una persona común y corriente. Tiene 41 años, vive con su mujer y sus dos hijos en la capital porteña. "Todos los días voy al trabajo en subte, almuerzo con un amigo y, a la tarde, sólo deseo volver rápido a casa para jugar con los chicos", le dice a LNR.

—¿A qué edad empieza alguien a soñar con escalar las montañas?

—Yo empecé cuando tenía 15 años. Leyendo me enteré de las maravillosas experiencias que habían tenido algunas personas en las montañas. Llegué a convertirlas en héroes y luego quise emularlas. Por eso salí en busca de almas gemelas que se "engancharan" con mis proyectos.

—¿Cuál fue la primera montaña que escaló?

—Fue el cerro Tronador, en Bariloche, junto con un amigo del colegio. Antes habíamos hecho un curso para aprender a escalar en el hielo. Esos días se nos presentaron todos los climas. Una linda jornada cuando subimos, que se opacó totalmente al bajar.

—¿Los padres apoyan estos proyectos?

—No conozco a ningún padre que le diga su hijo: "Qué copado, andá a escalar la montaña". Sin embargo, los míos siempre fueron bastante respetuosos de mis decisiones.

—¿Qué se siente al escalar por primera vez el Fitz Roy?

—Siempre sentí una gran incertidumbre por el Fitz Roy. Es tan complejo... Por eso me planteé algún día llegar a escalarlo. En 1986 subimos a una de las agujas de ese macizo, la que se llama Guillaumet. No es la más alta. Al cerro Fitz Roy fui en 2000 por primera vez, pero sólo llegué a hacer un tercio de la montaña. La segunda vez fue en enero del año pasado. Subí con Luciano y Gabriel Fiorenza, que trabajan como guías de montaña en Bariloche. Esta vez fui más mentalizado. La travesía duró 5 semanas; hicimos varios intentos de subir y, finalmente, un día de buen clima pudimos ascender. Subir y bajar nos llevó 36 horas, sin parar.

–¿Es muy difícil escalarlo?

–Sí, por la zona en la que se encuentra. Tiene un clima muy inestable. Un típico día de verano es ventoso, tal vez con un poco de lluvia y hasta nieve. Entonces, hay que esperar hasta que pare la tormenta, aprovechar el momento para subir muy rápido y cruzar los dedos para que el tiempo se mantenga.

–¿Notó una diferencia al escalar ahora, a los 40 años, en relación con sus experiencias a los 20?

–Sí, la mayoría [de los escaladores] tiene entre 20 y 30 años, porque es una montaña que técnicamente exige. Hay que estar muy motivado y tener tiempo para pasarse un mes en ese lugar. Además, es difícil disponer del tiempo previo que requiere entrenarse. En mi caso, lo viví más profundamente a esta edad porque fui consciente de lo que significaba. Todo pesa más. Subí con una foto muy linda de mi familia, que era mi bandera de cumbre.

–¿Qué es el montañismo?

–Una metáfora de la vida. Es un objetivo idealista en el que uno hace un gran esfuerzo para llegar a una cima donde no hay nada. La cumbre es una piedra que se toca y luego hay que bajar. Al final uno regresa con más conocimientos, pero no de la geografía, sino de uno mismo. Es un contexto para hacerse preguntas existenciales, como cuál es el objetivo de que estemos vivos o qué hace el hombre... Y llegar arriba es un premio, le da mucho sentido a todo.

–No busca sólo el límite...

–No, definitivamente. Cuando estás abajo esperando el buen tiempo, caminás varias horas, ves las nubes, sentís el viento y estás con una actitud muy contemplativa.

–¿Cómo se prepara para subir alguien que ya tiene experiencia?

–Creo que la diferencia más grande entre esta expedición y otras fue la preparación mental. Primero hay que tener noción del esfuerzo que implica esta montaña, saber que uno va a pasar frío, se va a cansar, va a dormir poco, puede lastimarse... Por otra parte, el Fitz Roy es una escalada a la que llaman desesperada. Eso significa que cuando hay buenas condiciones, se baja una bandera a cuadros y se sube sin parar. No hay que distraerse ni detenerse para comer (es una montaña muy vertical y no debe perderse el tiempo).

–¿Qué hace cuando siente miedo?

–El miedo siempre existe porque estás en la cueva del dragón. Uno cruza los dedos para que no haya mal tiempo o no se produzca un accidente. Pero aun sabiendo que estás en un contexto hostil y atípico, lo que hay que evitar es el pánico, porque si te desconcentrás podés lastimarte. Aunque se vuelen las sogas, hay que estar tranquilo y maniobrar paso a paso. Esa es una de las frases de cabecera.

–En la cumbre, ¿qué sensaciones aparecen?

–No sentís nada, sólo que llegaste y no hay que subir más. Es muy importante saber que toda escalada no termina en la cumbre, sino cuando estás de vuelta abajo. De hecho, la bajada para nosotros fue mucho más riesgosa. Primero, porque bajamos de noche, con una linterna que en mi caso no funcionaba, y segundo, porque estábamos cansados.

–¿Su mujer lo apoya?

–Ella me conoció así y me respeta. Fue muy importante su apoyo cuando escalé el Fitz Roy porque se quedó cuidando a los chicos, que estaban de vacaciones.

–¿Qué le diría a un hijo suyo si quiere escalar?

–Trataría de darle confianza, algunas ideas y un buen equipo. Le diría que se cuide y que lo más importante es el descenso.

–¿Por qué cree que tuvo éxito su libro?

–Creo que refleja parte de los procesos que uno siente cuando se plantea un desafío grande y puede llegar a realizarlo. Me encantaría que fuera tan útil como lo fue para mí leer tantos libros

acerca de una experiencia como ésta. Es un privilegio poder devolver algo de todo lo que recibí.

–¿Algún nuevo proyecto de montañismo?

–Ayer estuve con Luciano y Gabriel. Después de comer unas empanadas con vino, agarramos los mapas, los pusimos sobre la mesa y empezamos a señalar montañas. El Fitz Roy es un cerro complejo, pero hay muchos otros picos donde espero poder revivir las sensaciones que me llevaron a él.

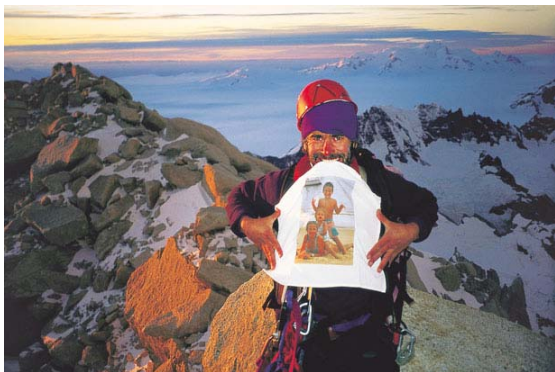
Por Agustina White

Link a la nota: http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=914837

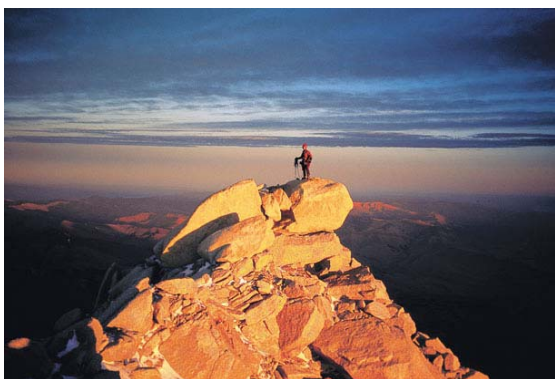
FOTOS



Hacia la cara sur del volcán Lanín



Luego de alcanzar la cima, Letemendia muestra su 'bandera' familiar



Atardecer en la cumbre